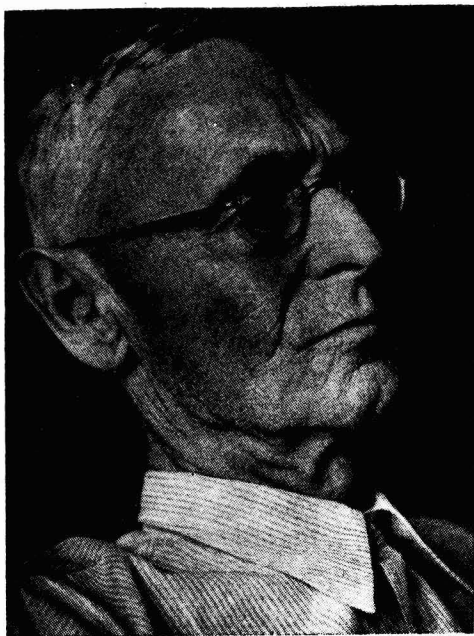




Hesse— "bonachón y parlanchín"

"No me puedo permitir visitas", me dijo penosamente, "estoy muy débil". Fue lo último que le oí decirme, cosa tanto más horrible cuanto que se ponía en la obligación de excusarse de no poder, por el momento, entregarse a una plática. "Estoy muy débil", se sintió obligado a decirme, y estaba patentemente decidido a concentrar todas las fuerzas que progresivamente le faltaban, y a superar la debilidad que inexplicablemente se le había venido encima, e inexplicable no sólo para él y para nosotros, sino también para los médicos, que se enfrentaban a un enigma.

Entre las seis y las siete el médico prescribió que se le pusieran varias inyecciones de morfina. El estado del paciente estaba más allá de toda esperanza fundada médicamente, y por tanto no se *arriesgaba* ya nada con el empleo de estos calmantes; pero no podría pensarse como imposible que sobre la base de un buen descanso y alivio, este organismo, que misteriosamente renunciaba a la vida, pudiera nuevamente recobrar una parte de su actividad.

Nos salimos. Mi madre nos hizo ver que no tenía ningún sentido que nos pasáramos la noche en el corredor. Si ocurriera algún cambio nos llamaría; por lo pronto dormía.

En casa, ni siquiera habíamos dejado todavía chorrear los paraguas cuando sonó el timbre del teléfono. "Tengo que participarles", dijo el médico, "que su padre acaba de morir". El reloj señalaba las ocho y diez minutos.

¿Qué había pasado? ¿Por qué en el buen curso de un proceso de curación este hundimiento? ¿A qué se debía esa renuncia, esa ineficacia total de los remedios, aun de los más fuertes y poderosos?

Sólo mediante la autopsia recibimos una respuesta. El informe en que el profesor Löffler comunicaba el descubrimiento decisivo dice así:

"Quisiera participarle el descubrimiento que no pudimos sospechar y que nos permite explicar con absoluta consecuencia la situación, tan peculiar y complicada... Las perturbaciones inflamatorias de las venas, la tromboflebitis, que se presentó al parecer sin causa, estaba en vías de franca curación. La causa de la trombosis se localizaba, sin embargo, en la aguda arterioesclerosis de las grandes arterias de la pierna; en un punto de la

pared arterial, que normalmente está pegada a la vena, la delicada pared se había escoriado. Este proceso había pasado también a las venas y provocó, por lo pronto, la trombosis. Las alteraciones de la arteria no se han detenido sino que la pared escoriada ha dejado escapar la sangre, por lo pronto en cantidad escasa, hasta que finalmente se ha producido una escisión en la arteria. Por el orificio, no mayor que un grano de arroz, la hemorragia ha interesado los tejidos vecinos, y lentamente también los nervios, en especial los plexos del simpático, han sido afectados. Este proceso ha tenido lugar en el curso de algunas horas y no ha cesado de producirse cuando ocurrió la muerte. El proceso ha sido indoloro. Se puede decir que su efecto ha sido equivalente a una desconexión del sistema nervioso simpático, lo que explica que los medicamentos no hayan surtido ningún efecto. La enfermedad que ha provocado estos fenómenos es la arterioesclerosis de las arterias y de los



Chejov— "su ironía frente a la fama"

grandes vasos de que hemos hablado, desarrrollada en un grado realmente inaudito y que en lo esencial sólo ha respetado las arterias del cerebro..."

El informe del profesor ¿podía aportarnos un consuelo en nuestra lamentación? ¿Ay!, no había ningún *consuelo*, no podría haber consuelo. Que la gracia hubiera presidido esta muerte, lo mismo que esa vida, de ello estábamos agradecidos. La arterioesclerosis cuyas manifestaciones, en toda su plenitud, lo habían respetado hasta entonces ¿no hubiera irrumpido un día torturándole, no sólo en lo corporal sino también en lo espiritual? Y lo único que realmente temía, ¿no hubiera tenido algún día que verlo ante sí: la privación de su capacidad creadora — *hiriendo hasta lo inconcebible*?

Querido, amado *Mago*, graciosamente fuiste conducido hasta el fin, y en calma saliste de *esta verde tierra* por cuyo destino te angustiaste amorosamente por mucho tiempo. Tres días reposó tu *envoltura*, — el liviano cuerpo con la extraña, cerúlea, tiesa y atrevida cabeza, en la cámara mortuoria de la clínica. Tu anillo, el *hermoso*, estaba en tu mano. La piedra lucía sombríamente. Te enterramos con él.

Traducción de Emilio Uranga.

SUGERENCIAS MEXICANAS en VALERY LARBAUD

Por Matilde POMES

DE NO HABER MUERTO o, mejor dicho, de no haber acabado de morir, pues fueron una agonía los últimos veinte años de su existencia, nadie con más gusto y acierto que Valery Larbaud hubiese llevado su piedra al monumento que la Universidad Nacional Autónoma de México acaba de levantar a la gloria de Alfonso Reyes y a la propia, ambas confundiendo y redundando en el renombre y prestigio de la patria.¹

¿Cómo y cuándo conoció Larbaud a Reyes? A éste le toca aducir datos. A falta de ellos, acaso no resulte descabellado suponer que el primer contacto puede fecharse el lunes 21 de febrero de 1917. Aquel día, según consta en la página 60 de su *Journal* (Gallimard, 1955), Larbaud, que se hallaba a la sazón en Alicante, cuyo clima convenía a su salud algo deficiente y solía pasar allí largas temporadas, huyendo de los crudos inviernos y agrias primaveras parisienses. Aquel día, en la librería Pastor, hurgando y husmeando entre *las últimas novedades*, le llamó la atención una traducción al español de la *Orthodoxie* de Chesterton. Larbaud, ya se sabe, conocía como nadie la literatura inglesa, especialmente contemporánea. Y no sólo la literatura, sino la lengua. Relevante traductor, no es de creerse que, a pesar de estar lindamente editado, adquiriese el libro así como así; de seguro lo hojearía previamente y se daría cuenta de cómo le sonaba en la nueva lengua y qué tal salía librado en ella. Es elocuente el hecho de que en el tranvía releyese "quelques chapitres de mes anciennes amours. Cela me plaît encore beaucoup, bien que j'aie maintenant découvert où G. K. Chesterton voulait en réalité en venir."

Por otra parte, el traductor Alfonso Reyes, residía entonces en Madrid. Aunque su labor periodística no hubiera llegado a manos de Larbaud, no podía haber dejado de sonarle a éste su nombre, si quiera por los amigos madrileños que le visitaban en Alicante.

Recíprocamente Reyes, por el mismo conducto, también debía estar enterado de la estancia en la costa levantina de un escritor a quien estimaba (lo cita entre la prestigiosa lista de los de la "Nouvelle Revue Française" en su artículo de "By-products" de la paz).² Como ese escritor se daba de vez en cuando alguna escapada a Madrid, es posible que se topasen y tratasen en la Villa y Corte.

Lo cierto es que cuando, en 1927, se publica en la editorial Gallimard la versión francesa de *Visión de Anáhuac*, es-

crita ocho años antes en aquélla. Larbaud se encarga del prefacio o mejor dicho presentación.

Dicha presentación, según declara él mismo, se limita a reproducir el *Salut à Alfonso Reyes*, escrito "al saber con alegría que nuestro amigo acababa de llegar a París". (Se trata del nombramiento de Reyes como representante diplomático de México). Es un bosquejo, como los solía hacer Larbaud, de la cultura y actividades del escritor a quien presenta y de su ya copiosa obra. Que no le pesó escribirlo nos lo garantiza, por una parte, la alta estimación y amistad que tenía por el *presentado* y, por otra parte, la ocasión, para el *presentante*, de lucir su conocimiento de hombres nuevos y obras significativas y del dominio de los *happy few*. Entre las altas cualidades y raros méritos de Valery Larbaud, éste fue su *flaco, son faible*, como decimos en francés: asombrar a los que se creen, y con motivo, enterados, por una erudición un tanto hermética. Se gozaba como un niño —como el niño escudriñador y deliciosamente ingenuo que permaneció mientras le duraron el claro entendimiento y la cabal actividad— sacando a relucir algún autor de la baja latinidad poco menos que ignorado, o a un imitador de Scève totalmente olvidado, o a un oscuro contemporáneo de Donne, a no ser que dejara abrumado a quien le oía o leía bajo la mole de algún padre de la Iglesia.

Un buen ejemplo de ese inocente deleite nos lo da cuando, de paso por Annecy en septiembre de 1931, al deplorar la falta de una guía de lo notable y memorable local, celebra la oportuna labor de aquellas sociedades de amigos de tal o cual capital provinciana con su correspondiente sección de bibliófilos que asumirían, entre otros respetables deberes, el de reeditar libros antiguos agotados y poco menos que inasequibles en arrinconadas bibliotecas, y cuya reedición redundaría en honra suya, como *verbi gratia* sería "une belle ré-édition guatemalteque de la *Rusticatio mexicana*".

¿Con qué fruición escribiría Larbaud tales palabras! Nos parece ver su sonrisa un sí es no es maliciosa al trazar las sorprendentes, las insólitas sílabas de *guatemalteque* y las totalmente incógnitas de la *Rusticatio*; amén del nombre del autor, encubierto adrede y para disparárselo en otra ocasión al incauto lector.

Pero ¿de dónde había sacado Larbaud que el padre Landívar era de Guatemala y autor de ese estupendo poema en latín del que se enaltece México como de geórgica propia y obra maestra de su poesía nacional? Indudablemente de *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX* de Alfonso Reyes del que, según confiesa el autor, "algunas páginas pasarían a la *Visión de Anáhuac*".

Otra coincidencia sugerente: en 1919, cuando Larbaud pudo interesarse por la actividad literaria de Reyes y tratarle personalmente, en un artículo, "La poesía del archivo" (recogido en el tomo IV de sus *Obras completas*, p. 71) al hablar de la labor de los jesuitas en América, Reyes nombra al *guatemalteco padre Landívar*, acabando por el encomio de trabajos editoriales tales como precisamente los había de planear y recomendar el paseante en Annecy doce años más tarde.

No se trata aquí de entresacar de la obra de Larbaud todas las sugerencias me-

xicanas. Lo único que nos hemos propuesto es dejar constancia de ellas y más aún de su origen y fuente incuestionable, es decir, Alfonso Reyes. Supliendo las faltas del *Journal* de Larbaud, que no pretende contar cada día lo que le ocurre, sino que es una serie arbitraria de apuntes *utilizables* para sus libros —y, de los *utilizados*, muchos han sido destruidos—, esperamos que Alfonso Reyes nos dirá lo que no figura en ese *Journal*, su conocimiento, contacto y trato con Larbaud evocadas por éste sólo ocasionalmente y al vuelo. Por ejemplo, esa mención de enero de 1932, sin duda aludiendo a las felicitaciones de año nuevo: "Du côté amitiés, j'ai lieu d'être parfaitement content" (y entre la lista *des amitiés* figura la de Reyes); y con fecha 7 de marzo de 1934, los renglones siguientes que reproducimos *in extenso*:

"L'entrée du Palais-Bourbon (Cámara de Diputados) me fait, chaque fois que je la vois, penser vaguement au Mexique,



Larbaud— "asombrar a los que se creen"

évoque l'idée que je m'en fais et qui est très schématique. Cela vient de ce qu'une des quatre mille coupoles d'églises mexicaines ressemble à cette entrée. Derrière, pour moi, Anahuac surgit, des illustrations vues dans des livres, des tableaux de peintres mexicains exposés à Paris, le souvenir d'Alfonso Reyes, les livres mexicains de ma bibliothèque, Juárez, la camisa de Maximilien au musée militaire de Bruxelles, les sculptures du Trocadéro, "qué grande es Méjico...", etc. Tout cela, d'un seul coup, sans perspective, dans l'espace de quelques secondes et dans une sorte de lumière (ou tache de lumière), d'un blanc éclatant qui se relie au nom de Vera-Cruz."

Sorprendente bosquejo, bajo múltiples aspectos, y ante todo técnicamente. ¿No parece una anticipación de lo que los pintores actuales pugnan por captar, no ya el objeto en el espacio, ni siquiera ese mismo espacio, sino el tiempo o, según dicen ellos, el espacio-tiempo, el cual no es ni puede ser dominio de un arte inmóvil, sino prerrogativa de un arte del movimiento del cine? No menos patente resulta la marca surrealista, esa sucesión de imágenes tan rápidas que dan la impresión de coexistente pluralidad, con un hilo unitivo tan tenue que desaparece, dejando lugar a lo yuxtapuesto, lo inconexo, lo absurdo.

¿Bosquejo, hemos dicho? No. *Flash*, más exactamente. *Flash* que al iluminar de repente un segundo del pensamiento de un individuo nos revela de golpe y al mismo tiempo su sensibilidad secreta —añoranzas, deseo de evasión, afectos— y su historia —estudios, viajes, lecturas, recuerdos—, con el símbolo final, en que trasciende un vago y latente sentido religioso.

Sí, sorprende de veras. Pero más sorprendente aún que algo tan insólito, tan insospechable, tan preñado de posibilidades nuevas, vaya unido, en un autor del corte más clásico, con un nombre que por sí solo parece obrar a modo de fermento, justificando plenamente la exclamación de quien experimenta su mágico efecto: "¡Qué grande es México!"

1. *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, México, Dirección General de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1956, 416 pp.

2. Recogido en el tomo III de sus *Obras completas*, p. 390.

3. La entrada del Palacio Borbón (Cámara de Diputados), cada vez que la veo, me hace pensar vagamente en México, evoca la idea que me hago de él y que me es muy esquemática. Esto se debe a que una de las cuatro mil cúpulas de iglesias mexicanas se parece a esta entrada. Detrás, para mí, surge el Anáhuac, ilustraciones vistas en libros, cuadros de pintores mexicanos expuestos en París, el recuerdo de Alfonso Reyes, los libros mexicanos de mi biblioteca, Juárez, la camisa de Maximiliano en el museo militar de Bruselas, las esculturas del Trocadero, "qué grande es Méjico...", etc. Todo eso de golpe, sin perspectiva, en el espacio de algunos segundos y en una especie de luz (o mancha de luz), de un blanco brillante que se relaciona con el nombre de Veracruz."

SILENCIO

Ningún ayuno nos parecería lo suficientemente rígido ante los encantos del parloteo mundano.

Fénelon.

Necesitas silencio en tu vida para no frustrarla y silencio al principio del día para no frustrar tu jornada.

Philippe Mottu

El que sabe, no habla; el que habla no sabe.

Lao Tzé

La fuente de la acción tranquila y segura está en el recogimiento.

Ch. Wagner

¿Para qué nos esforzamos en saber tantas cosas de fuera, si todo aquello que concierne a la vida y a la muerte se efectúa y opera dentro de nosotros mismos?

William Law

Un perro no es un buen perro sólo porque sea bueno para ladrar. Para ser un hombre bueno, no basta ser un buen hablador.

Lao Tzé

Dios conduce al alma hacia una soledad interior y silenciosa cuando quiere hablar con ella a solas.

Miguel de Molinos.